

Havelange, inmortal por su *Ecclesie infalibilitas*, etc. etc.

Y aquel publicista dotado de una mirada de águila en el siglo XVIII, aquel abate Dubois de Launay, que coronó su *Análisis de Bayle*, verdadera demostración católica por medio del mas famoso de los escépticos, con una admirable *ojeada sobre el gobierno ingles*, al que considera como la causa de la revolución que anunció en el nuestro.

Y aquel último Romano de los poetas latinos, el presbítero Delmas, autor de un *Ars Artium* cuyos hermosos versos espresan, á veces tan exactamente como la prosa, la dignidad y los deberes del sacerdocio, el *Arte de las artes*, en efecto.

Y ese nuevo Romano de los poetas italianos, el abate Bertola, el *La Fontaine* de su patria, salvo los *Cuentos*<sup>1</sup>, y que además asombró á la Europa con improvisaciones en que nadie le ha llevado ventaja.

Pero el mas grande y el mas bello genio del clero, y en todo caso, su prueba mas irrefragable, es su verdad.

Vamos á bosquejar algunas pruebas de esta verdad.

<sup>1</sup> Sabido es que los cuentos de La Fontaine, casi todos traducciones é imitaciones de Bocacio, son en extremo licenciosos y aun obscenos. — N. del T.

## PARTE QUINTA.

CONTINUACION Y CONFIRMACION DE TODAS LAS DEMAS. —  
NUEVO EXAMEN DE LAS VIRTUDES Y DE LOS BENEFICIOS  
PUBLICOS Y PRIVADOS DEL SACERDOTE.

En la *accion*, la beneficencia, la virtud, que forman el objeto y hacen perdonar el genio, es en lo que siempre ha descollado el clero.

La *Palabra* por sí, y sobre todo acaso la mas elocuente y la mas popular no es por lo comun mas que su *resonante cimbal* que nos hace notar y juzgar al osador mas bien que juzgarnos y reprobarnos á nosotros mismos.

La *Palabra libre ó improvisada* es casi siempre equívoca y fatal.

El mismo Massillon escribía hasta *treinta veces* sus sermones; y si los Misioneros, cuyo inimitable modelo es Brydayne, si los Misioneros, á ejemplo de los primeros Apóstoles hablan en lo general de

repente, segun los inspira el Espiritu Santo, es porque son Misioneros ó verdaderos Apóstoles, y que tienen todas las entrañas de la humildad, de la caridad y del proselitismo por principios improvisadores. Los oradores del púlpito de otra especie fueron, en todas épocas, bastante endebles en teología y mas aun en caridad, y muchos hay de ellos entre los mas famosos, que fueron orgullosos y no tardaron en ser hereges. — *Gerónimo de Praga*, escribia el Pogge á Leonardo Aretino, *me confunde siempre que le oigo*. — Ochin hacia acudir á la cristiandad entera al pie de los púlpitos de Italia. — Antes de él, Arrio, Nestor, y la mayor parte de los grandes hereges, aparecen en las historias eclesiásticas como los oradores mas grandes de sus siglos. — Hay tiempos en que el mal oratorio es universal: en las épocas de agitaciones políticas suelen los predicadores ser unos verdaderos bota-fuegos.

¿Por qué la palabra pública, cuando no edifica, mata? Porque está espuesta al orgullo, que es el mayor asesino del universo.

Ha sucedido tambien en todos los paises y en todas las épocas que los mas elocuentes y aun los mas ilustres oradores del púlpito han sido los mas virtuosos, y, por lo general, los religiosos regulares y seculares, y aun los santos, — sin duda porque hallaban en la obediencia y acaso en la penitencia del claustro la preservacion ó el correctivo de los vanos elogios del mundo.

Tales son los Apóstoles, los *Misioneros* propia-

mente tales, de quienes hemos hablado en una parte de esta obra. Tales son, san Antonio de Padua, san Vicente Ferrer, Bernardino de Siena, san Pedro de Alcántara, san Juan de Capistrano, etc., etc.

La verdadera elocuencia del púlpito en el siglo XVIII y aun en el presente, la elocuencia escrita lo mismo que la elocuencia hablada, es tambien el patrimonio de la virtud. El primero de los nuevos oradores es Massillon á quien Luis XIV dijo: «Siempre que os oigo, estoy descontento de mi mismo.»

Aunque mucho mas se podria decir sobre la palabra del sacerdote, vamos ahora ó recordar algunas de sus acciones.

Pero antes, nos ha parecido conveniente y aun necesario responder cuatro palabras á la trivial é insensata acusacion de orgullo y de ambicion en los eclesiásticos modernos.

Y ante todas cosas, parécenos que bien se le puede perdonar que conserve ciertos humos al que ha tenido un gran poderio y le ha perdido; y los que ven, en sus manos impotentes, el destino de los pueblos, es natural que se llenen de dolor á la vista de la ingratitud y de la obcecacion de los pueblos. Montesquieu respondia sobre este punto de un modo decisivo á los acusadores irreflexivos: «Se engaña el que considera las tentativas del clero como una señal de su corrupcion. Los grandes hombres moderados son rarísimos, y en la clase de los seres superiores, es mas facil hallar individuos suma-

mente virtuosos que sumamente cuerdos y prudentes. »

Los vicios del hombre, en este punto, no son mas que flaquezas, y sus defectos, mas que exageraciones de méritos. Como sacerdote, representante de Dios en la tierra, y muchas veces, como hombre, superior á sus semejantes, propende al orgullo (monstruo que se alimenta de virtudes, ha dicho un Santo.) Si se apega á los ricos y á los hábiles en el mundo, es porque sabe cuanto podrian hacer la riqueza y la inteligencia en favor de la religion y del bien de la humanidad: — su misma ambicion no tiene otro movil.

Vicio  
8 v. }  
Sin duda ha habido siempre y hay hoy todavia algunos hombres á quienes el caracter sacerdotal no impide ser orgullosos y aun culpables, porque son *hombres*, pero es menester convenir en que esto es mucho mas raro en ellos que en los mundanos, y que ademas la mayor parte han acabado y acaban, tarde ó temprano, por un *arrepentimiento*, que J. J. Rousseau consideraba como *mas glorioso que la inocencia misma*; desde san Pedro hasta Abelardo; y luego, desde los cardenales Wolsey, de Retz, Dubois, Alberoni, y los abates de Saint Pierre, Prevost, Mably, Condillac, Raynal, Barthelemy, Maury, de Pradt, etc., etc., hasta el abate Lamennais, cuya abjuracion y aun cuya penitencia vaticinamos desde ahora....

El clero practica todas las virtudes antes y mejor que todas las demas condiciones sociales. En primer

lugar debe contarse su perseverante fidelidad, su inviolable adhesion, en todos tiempos, á los soberanos pontifices....

El menor de los méritos del clero es el que nos parece á nosotros el mayor. La pobreza.

Y sin embargo la tierra que naturalmente no podia él cultivar en persona, ó siempre, iba naturalmente á él como va hoy dia y como irá eternamente, como al mas capaz, por su inteligencia, de hacerla redundar en gloria del Criador. El clero dividió su dominio util y honorifico con los *señores*, otro poder igualmente natural y legitimo, y que no ha hecho mas que mudar de nombre. Aquella propiedad, de que se ha hecho un crimen á los eclesiásticos, era tan favorable cuanto la nuestra lo es poco, pudiendo añadirse que tan injusta como *impropiamente*, por decirlo asi, se le ha dado el odioso titulo de *propiedad*. La comunidad sola, es decir el *ser ideal*, tenia el derecho: el individuo en general no podia ni envanecerse ni disponer del terreno. Con el tiempo ha mudado mucho la naturaleza de las cosas.

El clero es de todas las clases la mas sabia, la mas pobre, y en general, en igualdad de circunstancias, la mas honrada, la mas laboriosa, la mas desinteresada, la mas generosa, la mas capaz de grandes sacrificios y por consiguiente la mas apreciable. — El hombre eclesiástico es naturalmente bueno; el ciudadano de este caracter es naturalmente pacifico: en él es donde se halla comunmente la alianza, tan rara en todas las demas

clases, de la sencillez y de la dignidad. El eclesiástico es el agente intermedio admirable y benéfico entre el grande y el pequeño, el rico y el pobre, la autoridad y el particular.

Ese mismo cuerpo y esos mismos individuos á quienes creemos fautores del poder absoluto y partidarios de las medidas rigurosas, se hallan al frente de todos los amigos de la libertad y de la humanidad; y cuando favorecen á un rey, es siempre contra tiranos <sup>1</sup>.

En el mundo se ven frecuentemente rasgos de caridad, pero solo en la Iglesia se hallan vidas enteras consagradas á ella.

Solo el sacerdote da algunas veces con una forma de caridad que duplica la caridad para el que la hace y para el que la recibe.

¡ Cuando el clero no tiene que dar, hace con su influjo que den los demas.

<sup>1</sup> Creemos, dice el presidente Henault, que los obispos y la religion han contribuido mucho á los triunfos de Clovis. Los Galos no tenían ni leyes ni gobierno: los emperadores de oriente, que eran sus verdaderos señores, dejaban á este pueblo á merced de las facciones. *Todo era anarquía* cuando Clovis se presentó con su ejército: el clero favoreció sus conquistas, le hizo abandonar sus falsos dioses y negoció su casamiento con Clotilde, princesa dotada de raras virtudes. Entonces el gobierno feudal hacia á los ricos hombres opresores, multiplicaba los siervos del terruño y ultrajaba la dignidad del hombre... *El clero se ocupó en destruir la autoridad de aquellos tiranos y se valió de la religion para dar al pueblo algunas luces y algunas virtudes.* Beneficios son estos que bien merecen la justicia del príncipe y la gratitud de la nacion.

En realidad de verdad, al clero exclusivamente ó, cuando mas, á los reyes y á los hombres de estado inspirados por ellos, son acreedoras todas las ciudades, las aldeas, y por consiguiente las naciones, de sus mas bellos monumentos: — de sus numerosas y soberbias Iglesias ( Jacobo Cœur ha *calculado* cerca de veinte mil torres solo en Francia, sobrepujada en esto por la Italia, la España y aun la Flandes) que solo con su aspecto y con el sonido de sus campanas, halagan la vista y el oido, y escitan todo linage de útiles y agradables sensaciones: — de sus grandiosas abadías, cuya sola conservacion parece desafiar todos los esfuerzos de nuestros arquitectos y toda la buena voluntad de nuestros gobiernos; — de sus seminarios, modelos de los mejores colegios; — de sus colegios mismos; — de esas esculturas exteriores ó interiores que suponen juntamente la *ciencia*, la *paciencia* y la *conciencia*; — de esas admirables pinturas de las iglesias y de los monasterios; — en fin de lo mas colosal, materialmente hablando, de lo mas pintoresco, benéfico, amable y aun amado que tienen las capitales, las grandes poblaciones y el universo entero; de modo que puede decirse, aun en sentido recto, que el sacerdote ha *removido montañas* como se lo prometió, permitió y predijo su divino Señor.

Compárense con todas esas grandezas, con todas esas elocuencias de piedras sublimes, las sinagogas judáicas y los templos protestantes!

Tambien debe la sociedad al sacerdote todos sus

establecimientos de caridad pública <sup>1</sup> y sobre todo sus hospitales.

La antigua servidumbre, contra la cual se ha declamado tan furiosa y ciegame en estos tiempos de ingratitud y de ignorancia, no era obra suya, á lo menos en lo que tenia de duro y de degradante, sino de los señores civiles. Cuando, andando los tiempos, ó de resultas de donaciones ó herencias, los obispos, los abades y los eclesiásticos observaron los abusos al paso que adquirieron derechos, fueron los primeros en reducir la *servidum-*

<sup>1</sup> Este asunto tan importante, tan interesante y tan inagotable ha sido ensayado en general y en particular, en todas las épocas, y últimamente por el Inglés Byon, etc., en los *Beneficios del cristianismo*; — y con un plan mejor y con mas erudicion, por M. Kenelm de Digby, en sus *Costumbres católicas, ó las Edades de la fé*. — Un sabio amigo de la religion, M. Picot, ha tratado este mismo asunto, en particular, en su *Influencia de la religion en Francia en el siglo diez y siete*.

Hállanse las virtudes del clero en otras épocas, formando la mayoría de los ejemplos en todas las *Morales en accion*, antiguas y modernas, y sobre todo en los libros raros, titulados: *Anales de la caridad cristiana*, por Richard, una de las heróicas victimas de la revolucion, 2 tomos en-42; Lila, 1785: — *Anales de la beneficencia*, por Lacombe de Presel, 5 tomos en-42; Lausania, 1772: — *Anales de la beneficencia francesa en el siglo diez y ocho*, etc.

Pero es menester sobre todo recordar aqui en la impotencia de leerlas y aun de reunir las, las cien mil *Vidas*, impresas ó manuscritas, de héroes cristianos, las *Biografías universales* y aun todas las *Historias eclesiásticas*, aun cuando sean protestantes.

Y dado todo esto, aun no tendremos la cien milésima parte de las pruebas de las *bondades* que inspira el cristianismo, porque no tendremos la cien milésima parte de las *Vidas*, magnificas en el fondo, cuya redaccion y aun cuyo conocimiento son imposibles.

*bre* á meros servicios y aun á *servicios* honrosos. Testigo aquel noble y liberal legado de San Perpetuo, que un sabio de nuestros días, M. Peignot de Dijon, ha reproducido en la curiosa *coleccion de sus testamentos antiguos*, y que quisiéramos poder citar entero: « En primer lugar, yo, Perpetuo, quiero que todos los esclavos, hombres y mugeres que he comprado con mi dinero y que están en mi hacienda de la Javoneria, igualmente que los niños á quienes no haya emancipado en la Iglesia para el dia de mi muerte, reciban todos la libertad. Sin embargo, pongo por condicion que han de servir libremente á la Iglesia mientras vivan, *pero sin esclavitud trasmisible á mis herederos, ni que pueda sujetarlos al terruño*. Hago donacion tambien á mi iglesia de las tierras que Aligario me vendió en mi susodicha hacienda de la Javoneria, con el estanque..... Lego tambien á mis deudores todo lo que me deban en el dia de mi muerte, etc. »

Mas ha hecho todavia el clero en punto á libertad: ha rescatado á veces hasta la *patria* misma, rescatando á sus *hijos* por escelencia.» En 1528, se reunió un concilio en Bourges. Una de sus sesiones se consagró á examinar el pedido de cuatro décimas eclesiásticas, hecho por Francisco I, para el rescate de sus hijos que habian quedado prisioneros en Madrid, en rehenes por él; — las cuatro décimas fueron concedidas sin discusion y con entusiasmo. — Francisco I habia ofrecido á los tres órdenes volver á constituirse prisionero en España, para desempe-

ñar su palabra y sus hijos, pero los diputados declararon por el órgano de su presidente, que antes arrostrarían la muerte que acceder á aquel deseo del rey. El clero ofreció un millon y trescientas mil libras, la nobleza, sus bienes y sus vidas; el estado llano y la magistratura ofrecieron lo mismo.

No solo ha libertado el clero á sus esclavos, mas tambien, en cuanto ha dependido de él, ha rescatado los de los demas: un solo hecho de este género basta para dar idea de todos los demas: citaremosle tal cual le refiere el autor del *Ensayo sobre la influencia de la religion en el siglo XVII*. «.... En 1635, du Chalard, caballero enviado por Luis XIII á Marruecos, rescató de la esclavitud trescientos sesenta marineros por 216, 000 pesetas. Como estos gastos no le fueron reembolsados, la asamblea del clero de 1670 escribió una circular á los obispos escitándolos á que recomendasen á du Chalard á la caridad de los fieles. La asamblea de 1675 siguió este ejemplo, y dió socorros á aquel caballero.»

¿Y quien no ha oido contar, quien no ha leido los episodios de las vidas de los santos ó de los mártires, de Vicente de Paul, en Francia, de Tomas de Jesus, en Portugal etc., donde se ve á aquellos grandes hombres correr los azares y pasar libremente vida de esclavos para salvar ó edificar á los cautivos en Africa?

¿Y quien ha alzado mas enérgicamente la voz, en todas épocas, que la Iglesia romana y los papas, contra el tráfico de los negros, declarado última-

mente una indignidad y aun un oprobio, en una soberbia *Ad futuram memoriam* del 3 de noviembre de 1839, de Gregorio XVI?

En punto á liberalismo, mas ha hecho el clero todavía, pues se ha elevado hasta aquellos planes de filantropía y de correccion generales de que nos creemos los inventores y de que tanto nos vanagloriamos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Oigamos sobre este punto á uno de los mas sabios economistas de nuestros dias, M. Moreau de Cristophe, inspector general de las cárceles de la capital: « El P. Mabillon es el primer autor francés que ha escrito *ex-profeso* sobre la reforma moral de las cárceles, y aun, sea dicho de paso, á él es á quien se debe la primera idea del sistema penitenciario americano, idea esencialmente monástica y francesa, á pesar de cuanto se ha dicho para darle un origen ginebres ó pensilvanio. Creo á lo menos hallar su revelacion en este pasage, por decirlo así profético, de una disertacion muy notable en la que el sabio beneditino examina los medios de reformar el moral de los religiosos detenidos, y reduce estos medios á cuatro: la soledad, el trabajo, el silencio y la oracion. — « Volviendo, dice, á la carcel de S. Juan Climaco, de que he hablado arriba, pudiera establecerse un sitio semejante para encerrar á los penitentes. Habria en este sitio varias celdas parecidas á las de los cartujos con un laboratorio para ejercitarlos en algun trabajo util: podria tambien destinarse á cada celda un huertecillo que se les abriria á ciertas horas para hacerlos trabajar en él y tomar un poco el aire. Asistirian á los oficios divinos en una tribuna separada: su método de vida seria mas grosero y mas pobre y sus ayunos mas frecuentes: se les harian frecuentes exhortaciones, y su superior ó algun otro en su nombre cuidaria de verlos en particular y de consolarlos y confortarlos de cuando en cuando. Ningun esterno entraria en aquel sitio, donde se observaria una rigurosa soledad. Si esto llegase á establecerse, lejos de que semejante soledad pareciese horrible é insoportable, estoy cierto de que la mayor parte casi no tendrían pena de verse encerrados en ella, aunque fuese por lo restante de su vida. No dudo de que todo esto pasará por delirios,

Clemente XI estableció la primera casa penitenciaría en Roma, el primer año de aquel siglo XVIII que iba á ocasionar tantos crímenes y á necesitar tantas expiaciones.

El clero que hubiera sabido prevenir, si le hubieran dejado libertad para hacerlo, sabia tambien reparar, y sus gritos de santa indignacion contra el escandaloso estado de las cárceles públicas eran tan

pero dígase y piénsese lo que se quiera, nada hay mas facil que hacer las prisiones llevaderas y mas útiles. » — Otro historiador, todavía menos sospechoso, ha hecho la misma justicia al clero: tal es M. Guizot, en su *Historia de la civilizacion*: « Hay, dice, un hecho en las instituciones de la Iglesia; un hecho en que no se ha fijado bastante la atencion, y es su sistema penitenciario, sistema tanto mas curioso de estudiar cuanto está, por lo que respecta á los principios y á las aplicaciones del derecho penal, casi completamente de acuerdo con la filosofía moderna. Si estudiamos la naturaleza de los castigos de la Iglesia, de las penitencias públicas que eran su principal modo de castigar, veremos que *tienen sobre todo por objeto excitar en el alma del culpado el arrepentimiento, y en las de los asistentes el terror moral del ejemplo*, á todo lo cual va unida una idea de expiacion. No sé, en tesis general, si es posible separar la idea de expiacion, de la de castigo, y si no hay en todo castigo, independientemente de la necesidad de provocar el arrepentimiento del culpado y de escarmentar en cabeza ajena á los que pudieran estar á punto de llegar á serlo, una secreta é imperiosa necesidad de expiar la culpa cometida; pero dejando aparte esta cuestion, es evidente que el arrepentimiento y el ejemplo son el fin que se propone la Iglesia en todo su sistema penitenciario. ¿No es este tambien el fin de una legislacion verdaderamente filosófica? ¿No han reclamado en nombre de estos principios, en nuestros dias, los publicistas mas ilustrados la reforma de la legislacion penal europea? En efecto, abramos sus libros, los de Bentham, por ejemplo, y admiraremos la semejanza que hay entre los medios penales que ellos proponen y los que empleaba la Iglesia, etc. »

elocuentes, cuanto eran sensatas y lógicas sus amonestaciones para que se remediase tales abusos.

Al clero se debe la verdadera represion de los vicios ó de las miserias de la sociedad: aun mas visiblemente todavia se le debe la reparacion de las dolencias de la naturaleza.

En la parte III de este libro hemos recordado una porcion, la mas debil sin duda, de las fundaciones religiosas y literarias debidas al clero y á los fieles. ¿Quién podria dudar de sus fundaciones de caridad? Puede decirse que todas<sup>1</sup> le pertenecen, en particular los hospitales y los hospicios; y esto, que es cierto en Francia, lo es aun mas en todo el resto de la cristiandad y especialmente en Italia y en España. En la primera de estas naciones, en Roma sobre todo, centro de las miserias y de las grandezas de la tierra, que se llaman y se siguen, es donde se halla la iniciativa de las mas felices y de las mas delicadas instituciones filantrópicas conocidas. — En 1198, el Papa Inocencio III fundó los *Niños Expósitos* que el mismo San Vicente de Paul no estableció en París hasta el año 1638. — En 1460, el cardenal Torre Cremata fundaba, bajo el título de

<sup>1</sup> No hay en Francia una silla episcopal que no haya fundado, á lo menos indirectamente, uno ó muchos hospicios. Las órdenes religiosas han rivalizado sobre este punto con los obispos, y para no citar aquí mas que un hecho, recordaremos que cada convento de Benedictinos recibia regularmente varios militares inválidos, antes de que Luis XIV fundase el magnífico cuartel que les está destinado en París. (*L'Hôtel des Invalides.*)

archi-cofradía de la *Anunciacion*, una sociedad de trescientos nobles congregantes cuyo cargo era vigilar á las doncellas pobres desde la edad de quince años y dotarlas. — En el siglo XVII, en 1679, un sacerdote de Roma, Juan Stanchi di Castel Nuovo institua, bajo el nombre de *divina piedad*, otra noble asociacion cuyo objeto era distribuir en secreto muchísimas limosnas, asociacion cuyo sosten son aun en el día el cardenal Carpegno y su poderosa familia, descendientes del fundador. — A un Hermano Menor Romano, del tiempo de Leon X, Bernabé de Terni, se debe el primer *monte de piedad* europeo. — Las *Cajas de ahorros* y los *seguros* datan del siglo XIV en muchas ciudades episcopales de Italia. — Aun en nuestros días, no se han visto nacer y sostenerse los establecimientos de beneficencia en corporacion mas que á favor del sacerdocio.

El Sacerdote que se eleva á la gloria del descubrimiento, se baja ó por mejor decir, se eleva nuevamente al mérito de la ejecucion. Existen actualmente en Francia sobre cuarenta *Escuelas de sordomudos*, que parecen patrimonio del clero exclusivamente.

Cuando el eclesiástico ha tenido algun acceso ó algun poder en la administracion de la justicia<sup>4</sup> ó

<sup>4</sup> Considerados como árbitros, y lo fueron en todos los pleitos diplomáticos y de derecho de gentes, los eclesiásticos, y sobre todos obispos y los pontífices, son todavía mas admirables, y para no

de la guerra<sup>1</sup>, siempre los ha convertido al bien de la humanidad: y sus *tribunales*, la *Inquisicion* mis-

citar mas que un hecho entre cien mil, referido por el último y el mas exacto *Historiador de Flandes*, M. Warnkœig: « Habiendo los habitantes de Colonia disputado á los Ganteses el derecho de subir el Rin por delante de su ciudad, á la que querian asegurar un derecho de travesía, el arzobispo de Colonia pronunció entre las partes, como mediador á instancias del emperador y del conde de Flandes, y decidió en 1178 que los Ganteses continuarían gozando de la navegacion del Rin, como lo habian hecho sus antecesores, en virtud de su derecho de comerciar.

<sup>1</sup> La San-Bartolomé\*, que la audacia ignorante ha imputado, sino á la accion del clero, á lo menos á su espíritu, le ha horrorizado en todas las épocas.

Y cuando en el siglo XVIII la filosofía, *audaz* porque era *ignorante*, é *ignorante* porque era *audaz*, acusó sobre este punto al célebre presbítero de Caveirac, el elocuente é indignado Linguet reconoció su error y la calumnia de los otros en estos términos, en su *Respuesta á los doctores modernos*: « Hace algunos años se alzó un grito universal contra el pobre presbítero de Caveirac, á quien escarneció indignamente toda la caterva filosófica. Se ha dicho, se ha escrito, se ha impreso que *ha hecho espresamente una apología de la San-Bartolomé*. Millares de personas hallareis que de buena fe están en esta persuasion, y que mirarian como al mas temerario de los hombres al que osara dudarle: — sin embargo, tomaos el trabajo de buscar el libro de este autor tan indigna é injustamente envilecido.

« Ante todas cosas os convencereis de que la *San-Bartolomé* no era su principal objeto. Ha escrito una obra llena de energia, de saber y de verdades sobre la espulsion de los protestantes en el siglo pasado, y sobre los motivos que pudieron determinar á Luis XIV y á su consejo á tomar esta medida: solo al fin añadió una diser-

\* Escusamos decir que se habla de la horrible matanza de hugonotes que en el día de este santo ensangientó la Francia en tiempo de Carlos IX.